

LUXIÉRNAGA

JULIO - DICIEMBRE 2025 NO.30



VOLUMEN
XV

Mayté Aricel López Castro

EN EL SILENCIO

Licenciatura en Filosofía

Universidad Autónoma de
Aguascalientes

EN EL SILENCIO

Siendo una persona que gusta de cantar, que adora que se le erice la piel al escuchar una buena canción y a un buen cantante, he vivido, contrariamente, una vida silenciosa. Una vida sin música. Siempre traté, sin éxito, de musicalizar mi vida, forzando el sonido del piano, llevando al límite mi voz, casi desgarrándome la garganta. No cantaba: gritaba. Leía en voz alta poemas de Cortázar para que la tristeza del silencio se fuera, pero el grito se cortaba y los versos se terminaban.

Intenté aferrarme al ruido de las otras personas, ingenuamente pensando que podría apropiarme de alguna nota suelta, de un acorde perdido entre carcajadas que no eran mías. Pero no funcionaba así. Terminaba siendo yo quien les daba un poco de lo que había en mí, de los sonidos que conservaban el eco, fruto de mis noches de llanto. Les daba incluso lo que no tenía, para que su ruido no se acabara, para que su música no terminara. Me sacrificaba pensando que recuperaría lo poco que daba.

Entonces me cansé del silencio que seguía allí, incluso cuando daba todo. Decidí no volver a sacrificarme. Pero seguía ahogándome en el silencio a ratos, llorando para guardar mis sollozos en una caja con candado, para asegurarme de que nadie intentara robarlos. Sí, hice música con mi llanto. ¿Cómo más iba a hacerlo, si no conocía el ruido, si siempre me lo han arrebatado?

Los tristes ladrones de música acechan siempre, esperan mi momento vulnerable para robarme el sonido de mis lamentos, que coleccionan en frascos, que después abren en sus ratos miserables para alimentar su ego; hacen ruido con el dolor ajeno, con sollozos prestados, para sentirse mejor. Son esos mismos que me han hecho querer callarme y esconder mi voz bajo llave, por creer que es desafinada, que no encaja, que les pertenece.

Había estado silenciándome a propósito, sosteniendo una nota vacía. No más. Basta de silencio. Silenciarme para encajar, regalar

mi ruido a otros, afinar mi garganta
por pensar que era yo la que
fallaba la nota... fue una manera de
ceder, de dejar que los otros
ganaran; permitir que los ladrones,
que ya me habían robado tanto,
siguieran llevándose mi voz,
haciéndome creer que les
pertenecía.

Concluí, después de romperme las
muelas tratando de entender a
estos tristes ladrones, que no
necesito que mi música agrade ni
encaje, porque no fue hecha para
otros: fue hecha para mí.